Los niños que viven encerrados se salen de sus casillas en el momento que se ven libres. Facio, el prisionero de la *cueva*, hubiera querido saltar de rama en rama por encima de los árboles como las ardillas.

Había llegado á trepar hasta lo alto del emparrado que cubría el cenador, y lloraba porque no sabía como bajar.

Subíme yo sobre un banco para hacer el salvamento de Facio, y Juan continuó:

—Barbey d'Aurevilly, que de un rasgo dibuja la fisonomía de un hombre, me definió de este modo una tarde que estaba haciendo mi apología: "Juan es un viajero muy elocuente que sale para París y va á parar á Roma." El caso es que á menudo me sucede que no digo lo que tenia intención de decir. ¡Mal año para Emerenciana y la condesa de Ventavilla, y el estilo de tocador y los papeluchos impresos de cualquier color y olor que sean! Yo había venido á hablarte de Tartufa.

Es menester que comiences en seguida nuestro libro sobre Tartufa, pues para eso ni aun tienes necesidad de estar convertido. Te bastará con tu honradez nativa.

Y no tengas miedo de mostrarte irreverente con Molière, tu ídolo. Puedes quemar todo el incienso que quieras ante su estatua: yo te ayudaré.

Solo Dios es eterno, pero el mal es inmortal, porque Dios no ha querido poner término á su castigo, que es el ser el mal. Tartufa existía antes que Molière, al cogerle, le ha echado á perder.

Mas no por eso dejo yo de agradecer al admirable maestro de la comedia francesa el que haya echado el

alma del hipócrita como pasto á la risa y al desprecio de los hombres.

Hase dicho con insistencia que el tipo que Moliére tuvo á la vista para crear á Tartufa era un jansenista muy conocido, enemigo venenoso de los jesuítas. Pero esto, á la verdad, no me importa gran cosa.

De cualquier manera, yo no creo que Moliére haya querido herir al sacerdote en la persona de este atéo, ni siquiera al *devoto*, y, sin embargo, puede ser que lo haya hecho, porque en Francia la oposición lo arrastra todo y conduce á todo, siendo, como es, condición indispensable de todo feliz éxito.

La palabra "oposición" ha podido ser inventada hace poco; pero la cosa en sí es tan antigua como el mundo.

El tiempo en que Molière vivía de gloria y de oprobio, de que al fin vino á morir, había en los honores que se concedían al católico piadoso algo por una parte que podía incitar la oposición de un satírico, y por otra parte algo que podía tentar la codicia del incrédulo.

Molière estaba, pues, en su derecho de oposición y dentro de la verdad del arte al atacar el reverso de la piedad; es decir, el comercio del incrédulo que usurpa el traje de un creyente.

Hasta aquí todo iba bien; pero esto era lo estrictamente justo, y el afán de obtener un éxito ruidoso no se cuida gran cosa de la justicia, á más de que no podía conseguirse gran éxito en el ataque dirigido contra la incredulidad, que es la oposición.

Para obtener un éxito completo era menester ir más allá; era menester adular á la oposición y tomar como

punto de partida un tipo conocido, consagrado, oficial, como si dijéramos. En todos los templos hay fariseos, y Molière estaba tambien en su derecho atacando á un fariseo.

Admitamos que su objeto al crear á *Tartufa* fué arrastrar por el lodo al fariséo católico exclusivamente, y no al fariséo protestante, ni al fariséo jansenista, ni al fariseo parlamentario, ni al fariseo de la sinagoga, ni al Judas de cualquier apostasía, ni al farsante de cualquier francmasonería, ni al santimbanquis de una filosofía cualquiera.

Esto fué una injusticia y una desgracia.

Molière tenía talla para hacer mejor las cosas. Tenía la talla y la fuerza suficientes para luchar cuerpo á cuerpo con el fariséo sin epíteto, con el hipócrita de cualquier clase, y ahogarle en el abrazo de su génio..... ¿Parece que no eres de mi opinión?

Al ser interpelado en esta forma, contesté, no sin cierto mal humor:

—Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado

—Está bien—exclamó Juan frotándose las manos.—Precisamente no deseo otra cosa sino ir haciéndote algunas concesiones; los obsequios fomentan la amistad: concedido. Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado; es decir, donde su instinto de cortesano de las muchedumbres galoneadas ó harapientas, y su olfato de gran poeta, amante del éxito, le ordenaban buscarle, so pena de haberle hallado en cualquier otro sitio mucho menos favorable para el efecto cómico y el éxito de su obra. Tu respuesta me satisface completamente, porque

deja clarearse esta confesión, á saber: que Tartufa no vive siempre en el mismo número de la misma calle.

En efecto, á menudo se muda de casa el infeliz. Y algo menos de cien años despues de aquella noche del 17 de Febrero de 1673, en que Molière el cómico moría con la cabeza en el regazo de una hermana de la Caridad, si Molière resucitado hubiera querido buscar otra vez su fariseo, seguramente no hubiera llamado otra vez á la puerta del mismo teatro para hacer á todo un ejército de lacayos galoneados la siguiente pregunta: "El señor duque de Tartufa ¿está visible?"

Eran aquellos los tiempos en que un gran ministro (como le llaman los diccionarios), modelo de filosofía, de patriotismo y de lealtad, pensionado por el Austria y pensionando á su vez á la vieja Pompadour, dejaba nacer á Prusia y morir á nuestras colonias; labraba la fortuna de Inglaterra; mataba á Montcalm, mataba á Tally-Tollendal; perdía el Canadá, perdía la India; estrechaba nuestras fronteras, á pesar de las batallas ganadas por nuestros soldados; echaba á pique nuestras flotas, empobrecia nuestros campos firmaba una paz humillante despues de una guerra gloriosa, y se retiraba, enemigo cruel de su rey, pero amigo cariñoso de Voltaire, á su tranquila morada para embotellar allí; despues de mezclado con el jugo de la Enciclopedia, el brebaje diabólico que debía amamantar á Robespierre.

¡Pobre hombre!

Los diccionarios le han perdonado todo esto porque expulsó y robó á los jesuitas, culpables de haber estorbado á su patrona la Pompadour la ocasión de cometer un sacrilegio.

Este Tartufa ya no se parece nada al Tartufa de Molière.

Y, sin embargo, ¿No es Tartufa?

Y si es cierto que el talento obliga, más todavía que la nobleza ¿No tenia Moliére el deber de cortar el manto de su fariseo bastante ancho para que pudiese venirles bien á todos los hipócritas?

Pero pasan los años, y aquí tenemos ya al ciudadano Tartufa en lugar del Excmo. Sr. Tartufa; porque se me antoja saltar por encima del Tartufa ginebrino y del Tartufa enternecido por "la religión de la naturaleza," que se desvive por ver cómo se levanta en Oriente el carro de la Aurora.....

¿Habré de hablar largamente de Tartufa el de la guillotina? No por cierto. Guillotinóse á sí mismo en su afán de no estar parado, y esto le disculpa hasta cierto punto. A más de que me objetarias que Moliére no pudo presentar en escena tan odioso personaje, puesto que no le conocía ni le adivinaba siquiera en la honradez natural de su pobre alma cándida.

Mas, con todo, ¿no es una verdadera desgracia para un gigante como Moliére el haberse gastado la pólvora en tirar á un tan ruín gazapillo como es su Tartufa de pseudo sacristía, cuando en un solo cuarto de hora de caza vamos nosotros encontrando tantos y tan enormes Tartufas que combatir, que no son el suyo?

¡Ah! ¡Que el gran Moliére, para hacernos odiosa la plaga eterna de la hipocresía que envenena al mundo desde que es mundo, haya cogido un zamacuco que acumula traiciones sobre villanías para tentar la tela de un hábito que ni aun llega á manchar, y para engañar á

un hombre de bien confiado hasta el exceso, pero sin llegar á robarle, y que hasta el gran rey Luis XIV haya empleado sus ocios en descubrir esta pobre intriga!.....

¡Y éste es Tartufa! ¡Este es el IMPOSTOR por excelencia, el milagro de hipocresía! ¡Ha sudado la gota gorda durante cinco actos, para que se burle de él madama Elvira, sin que él, por su parte, logre engañar más que al pobre Orgon, empeñado en dejarse engañar!

Y por contera, esa serpiente, ese mostruo negro y horroroso, está siendo cada día acribillado á heridas y como pespunteado como hilo blanco para que todo el mundo le haga burla, conociéndosele desde luego, pues que ha habido alguien que le ha llamado "el principal enemigo del fraude."

¿Quién ha podido ser este alguien? Preguntéselo en cierta ocasión á Janin, que me respondió con el habitual buen humor de su escepticismo:

—¿Quién había de ser, voto á bríos!..... ¡El comisario!

¡Ahí tienes! ¡Ese coloso de astucia tiene ya su proceso abierto en las oficinas de policía, en casa del teniente de lo criminal. Tardillo, que vivía ya entonces en la calle de Jesuralén! ¡Ese saco de marrullerías se ha dejado tomar la filiación por el secretario del Juzgado de paz, y el inspector le ha atado un hilo á una pata!

Vamos, que hay que convenir en que el tal Tartufa no es cosa grande.

Ha sido menester todo el génio de Moliére para meter miedo aun á D. Prudencio con este fusil de caña.

He oído sostener una vez á un elocuentísimo escritor, que en sus escritos nunca trata de estas cosas, pero cu-

ya conversación, que tiene tanto de animada y viva como su prosa de grave y seria, sale siempre salpicada de conceptos brillantes, presentados en forma paradójica; he oido sostener, digo, la tesis de que Tartufa no es en el fondo más que una obra maestra de ironía, arrojada por el autor á la cara de los Prudencios del siglo XVII.

Yo, por mí, no lo creo así. Moliére es más grande que la ironía, y en tiempo de Orgon no había Prudencios.

Orgon y D. Prudencio son incompatibles.

Ten en cuenta que Orgon es de un siglo y D. Prudencio es de otro; pero Tartufa es de todos los siglos. Y aquí tienes por qué ataco yo al Tartufa de Moliére, porque no es más que el Tartufa del siglo de Orgon.

No; Moliére no ha querido burlarse de los que le aplaudían. Era comediante y era autor dramático, y por estos dos títulos vivía de los aplaudidores, que por lo general no sufren en manera alguna que se burlen de ellos.

Moliére quiso hacer una obra de gran éxito, y puso en ella el *quantum suficit* de oposición, de justicia y de ódio: el ódio dirigido contra una cosa realmente aborrecible, como es la hipocresía; la justicia aplicada á cosas criminales, como son el dolo, la seducción, la intrusión del extraño en la familia; la oposición, en fin, hecha á una cosa potente y casi soberana entonces, cual era la influencia religiosa.

Viene á ser, pues, la obra de Moliére casi una obra de circunstancias, como lo da á entender la vehemente y verbosa charla de madama Pernelle; y quizás aun la

parte más importante de la acción señalaba un hecho particular, pues que Tartufa, en cuatro actos de los cinco, se sale enteramente del cuadro de la antigua comedia convencional, y los nombres mismos de Tartufa y de madama Pernelle hacen presentir un paso de exploración fuera de las costumbres teatrales de entonces para entrar en el camino por donde va todo el mundo. Philinto es todavía griego por su nombre, y Orgon lo mismo; Elmira parece venir de hacia España; pero madama Pernelle es ya de Pontoise, y Tartufa, discretamente arropado en una bata de Italia, viene de Roma en vía recta, ó á lo ménos hace los posibles por parecerlo.

Es humilde é insolente á la vez, á lo Mazarino, y ha podido muy bien nacer de los odios suscitados y conservados por la invasión italiana de tantas reinas y de tantos ministros; figuras que tenian su grandeza, pero que eran hostiles al temperamento de Francia.

Huele á desquite más bien que á blasfemia; maniobra cuando más en favor del galicanismo, próximo ya á descomponerse, y ciertamente no sospecha siquiera que, despues de haber hecho reir á aquella corte erudita y profundamente nécia, aquellos marqueses inocentes, aunque cargados de talento, á aquellos escépticos titulados que escupian hacia arriba con muchísima gracia la mofa que debía tornar á caer como un diluvio y ahogar á toda su raza en la inmensa alcantarilla de la revolución, no sospechó siquiera, digo, Tartufa, ó por lo menos Moliére, que le ha hecho, que la incredulidad iba á agarrarse de él, á echarle en sal, á mecharle, á escabecharle, á ponerle en el asador ó en la cacerola y hacer de

él el plato fundamental de la cocina atea del siglo XIX.

¿Te gustan á tí aquellos pobres marquesucos incrédulos? Todavía no han muerto, ¿sabes? Yo conozco algunos todavía, y tengo para con ellos ternuras como de niñera. Dios les daba el alimento ya mascado como á los pajaritos, y era menester que fuesen muy ingratos, por lo mismo que estaban atragantados de beneficios.....

En cuanto al gran Molière, yo te apuesto á que no le admiras tú más que yo; pero miraba demasiado de cerca las enfermedades humanas, para poder ver la salud inmensa de Dios. No conocía el lado providencial de las cosas. Por encima de él se cernía Bossuet en la visión de Jesucristo, sin que Molière ni aun lo sospechara, ocupado como andaba en sus admirables é inmensas niñerias.

Para mí es mucho más disculpable que Pascal, otro cómico de primer orden, álgebra sublime, fé estrecha, amor sin confianza, y que, nácido para ser el primer padre de la Iglesia en su siglo, pero enfermo del cuerpo y separado de Dios por los escrúpulos, siguió un dia las huellas de no sé qué Arnaldo, medio protestante, jansenista y medio, que redactaba ya la *Revue des Deux-Mondes* y el *Journal des Debats* bajo el reinado de Luis XIV, más de un siglo antes de la aparición de estos respetables "organos."

Es una fatalidad: por esos caminos no se anda, se resbala: no se puede poner los piés en ellos sin sumergirse en el fondo del abismo. Puerto-Real (¡ah, cómo se alegraba de ello el pobre Sainte-Beuve!), Puerto-Real ahogó á Pascal despues de haberle sacado del cuerpo

las *Provinciales*, *Tartufa* colectivo que llaman el Jesuíta; cerca de mil páginas, de las cuales las novecientas son pesadísimas, y las otras cien forman una especie de obra maestra de maldad inútil, que la incredulidad ha utilizado, sin embargo, para batir en brecha al Dios de Pascal, para extirpar la religión de Pascal, para arrancar de cuajo todo aquello en que creia Pascal, todo lo que Pascal respetaba, todo lo que adoraba de rodillas y con la faz humillada en el polvo.

¡Quisiera yo ver la cara que pondria el desventurado Pascal si le fuera dado leer nuestros periódicos publicados de cien años acá y contar las innumerables salsas venenosas que se han condimentado con sus *Provinciales!*

Pero Molière, el rey de nuestro teatro, con su buen sentido tan recto y tan penetrante, poco conocedor de Dios, es verdad, pero tan conocedor de los hombres..... ¿qué diria Molière si levantara la cabeza y viera el uso que se hace de su *Tartufa?* ¿Qué diría, sobre todo, al ver esos Tartufas nuevos, plagios en acción, que no le roban su idea para ponerla en escena o en los libros, pues no son tan estúpidos como todo eso, pero que se sirven de ella política, social, periodística, industrial y judaicamente, como de un excelente pasaporte; para penetrar en las moradas del sufragio universal y escamotear los favores de Orgon, que no se ha hecho, por cierto, más avisado ni ménos tonto con haberse hecho elector?

Figúrome que Molière se quedaría desde luego como quien ve visiones ante la innumerable bandada de ánades rojos empollados por su gallina negra, porque

seguramente nunca imaginó ni soñó siquiera con semejante posteridad.

Todavía anda por ahí el duque de Tartufa, y aun el doctor Tartufa, y, en rigor, hasta el Tartufa periodista y el Tartufa orador, etc.; mas todos estos Tartufillas, todos estos Tartufetas, todos estos Tartufazas, estos centenares y montones y costales y cestos de Tartufas.... ¡oh! es preciso convenir en que Molière no se los había imaginado! Si los viera, empuñaría una zurriaga, caso de que no encontrara una pluma, y vapulearía.....

Aquí Juan interrumpió de nuevo su discurso para exclamar:

—¡Facio! ¡bribon, que te voy a matar!

Facio no era todavía un malvado, y debo decir que con el tiempo ha llegado á ser un muchacho de talento y de buena conducta; pero entonces no era mas que el hijo de un salvaje de París, y se dejaba llevar de ideas que sólo la buena de Magdalena encontraba graciosas.

Magdalena era, en efecto, partidaria de Facio contra Berta, á la que solía llamar, no sin cierto amargo retintin, "la señorita."

Esta vez Facio había ideado lisa y llanamente alimentar á Berta con hierba, que á la fuerza iba introduciéndola en la boca, y la muchacha, ya sin respiración apenas, lanzaba gritos inarticulados. Juan se abalanzó bastón en mano; pero Facio estaba ya al otro extremo de la pradera, y el incidente no tuvo consecuencias.

—Aquí tienes—me dijo Juan cuando tornó á sentarse á mi lado;—este abejorro de Facio me ha caido encima cuando menos lo pensaba, por obra de Tartufa y, sin embargo, no por eso quiero peor á Tartufa, porque Facio es un animalejo feroz que se irá domesticando poco á poco. Ya ha comenzado; ya sabe el Catecismo sin errar una palabra.

Hoy había venido á contarte mi primera comunión y la de María; pero en el camino ocurrióseme la idea de bosquejarte á grandes rasgos la notable escena de Molière andando á vueltas con la descendencia de su Tartufa; escena que constituye el libro que hay que hacer, ó por lo menos es el prólogo de ese libro.

Pero ahora Facio me lo impide. Ya le llegará su turno á Tartufa. Voy á contarte como he recogido á Facio, miserable fruto caído de un árbol que se secaba herido por el hacha del ciudadano Tartufa.

No hará esta relación mal efecto en el libro hallando una coyuntura donde introducirla.

Solo que tiene todo el aire de un cuento.

Escucha.